

Para la historia del naturismo español.



Dr. Eduardo Alfonso

Nunca se me hubo ocurrido ponerme a escribir sobre recuerdos y episodios de mi vida, hasta que Santiago Giol me pidió que escribiera algo sobre este tema en lo referente a mi trayectoria médico-naturista. Bien es cierto que me empecé (lo cual es un pecado capital), pero revolviendo ahora en mis archivos de antaño me encuentro con las siguientes líneas que, con algunos aditamentos, me decido a publicar.

Terminada ya mi carrera de Medicina en el Colegio de San Carlos, de Madrid, en el curso escolar 1917-18, durante el cual hubo sido nuestro profesor de higiene el Dr. D. Rafael Forns, ferviente discípulo del gran Dr. D. José de Letamendi y Manjarrés con la sobrina (casi una hija) del cual estaba casado. Forns, que sin duda descubrió en mi materia apta para el ejercicio de la medicina naturista, me indujo y animó a seguir en este camino, exponiéndome su desconfianza en la terapéutica farmacológica y su convicción sobre la eficacia básica de la correcta alimentación. Hay que añadir que el Dr. Forns había sido nombrado Presidente Honorario de la primera «Sociedad Vegetariana Española» fundada en Madrid por el comerciante catalán D. Juan Padrós Rubio en la misma época en que el Dr. Falp y Planas propagaba las mismas ideas en Barcelona, donde fundó la «Lliga Vegetariana de Catalunya», y en la cual también publicó un librito de propaganda naturista el Padre Angelats Albornà, agregándose a esto el espíritu emprendedor y el talento comercial de D. Jaime Santiveri de Piniés, que fundó la casa comercial que lleva su nombre, para la fabricación de productos vegetarianos de régimen y que hoy funciona en toda España.

Mi relación con Forns se hizo un poco más estrecha con este motivo, a lo que contribuyó no poco mi amistad con sus hijos Rafael y Pepe, íntimos amigos, además, de mi primer y fraternal amigo José González-Campo de Cos y todos compañeros de carrera. Tuve también la triste satisfacción de que, ejerciendo ya mi profesión naturista, me llamase el Dr. Forns en los últimos momentos de su vida para pedirme opinión y consejo sobre su mal y su dieta, aunque, desgraciadamente, nada se pudo hacer más que ayudarlo a bien morir.

En el mismo año de terminar mi doctorado (1919) (en el que cursé por elección, Bioquímica, Análisis Químico, Parasitología tropical e Hidrología médica), marché a probar fortuna a Barcelona en compañía del Dr. Adrian Vanderput (que había sido jefe de enfermeros del Sanatorio de Kuhne en Leipzig), acostumbrado a tratar enfermos, y que manejaba muy bien el «diagnóstico por el iris», que había trabajado conmigo en mi clínica de la calle de Lisboa en Madrid. Nos instalamos en la calle Mallorca, cerca de la Sagrada Familia, en compañía de un

matrimonio francés, Federico Macé y su esposa Paulina, ambos pintores, y fervientes partidarios del naturismo.

Justamente en esta ocasión de nuestra convivencia en la Ciudad Condal, fundamos entre Federico Macé y yo una revista de propaganda vegetariano-naturista que había de llamarse «Kosmos». Preparado ya el primer número y habiendo pedido consejo y colaboración a los Dres. Enrique Jaramillo y Guillén y Casiano Ruiz Ibarra, los dos primeros médicos naturistas instalados en Madrid, me propuso el primero de ellos que cambiase el título de la revista por el de «Acción Naturista» largamente añorado por él. Así se hizo, quedando Macé como colaborador y saliendo el primer número de «Acción Naturista» bajo la dirección y en propiedad de los Dres. Jaramillo, Ruiz Ibarra y Alfonso. Yo regresé entonces a Madrid.

Pronto nos convencimos de los inconvenientes de una triple propiedad y dirección y se decidió que la revista pasase a las solas manos del Dr. Ruiz Ibarra, quien nos compró nuestra parte al Dr. Jaramillo y a mí. La revista se publicó varios años por Don Casiano con nuestra colaboración y recibió de éste, algún tiempo después, el nombre de «La Fisiatría».

En esta etapa ocurren dos episodios curiosos que dan la medida de la reacción del cuerpo médico oficial a nuestras propagandas naturistas.

El Colegio de Médicos de Madrid obligó al Dr. Ruiz Ibarra a quitar la placa que tenía puesta al lado del portal en la fachada de su casa de la calle de Fuencarral, que decía: «Dr. Ruiz Ibarra. Médico Naturista. Tratamientos sin medicamentos ni operaciones». Don Casiano tuvo que poner otra que decía simplemente: Dr. Ruiz Ibarra. Médico Fisiatra». Y fue en este momento cuando la revista perdió su apellido y tuvo que verse «confirmada» con el nuevo nombre de «La Fisiatría».

Contra mí se lanzó también una saeta envenenada. Habiendo yo publicado un folleto titulado: «El perjuicio de las drogas, vacunas y sueros», el Colegio de Médicos habló de retirarme el título de Médico por causa de la «heterodoxia» de las ideas por mí expuestas. Mi hermano Rafael (también médico) trató de mitigar el conflicto y lo consiguió, pero yo dije al Colegio que no era necesario que me retirasen el título, porque yo mismo lo quemaría si ese título no me daba derecho a pensar libremente. La cosa pasó y «no llegó la sangre al río».

Al poco tiempo de esto tuve la gratísima acogida del Dr. D. José de Eleicegui, médico simpático, comprensivo e higienista, director de la revista «España Médica», cuyas páginas quedaron abiertas para mis artículos y dibujos. Yo hice caricaturas de la plana mayor de la Medicina Española, y debajo un pie en verso, más o menos humorístico. Recuerdo que debajo de la caricatura de Marañón puse este ripio: «Del rey de la tiroidina/quisiera haceros

mención/mas no hallo combinación/para la obligada rima/que perdone Marañón». Claro que todos me daban las gracias.

Todo esto y la labor seria, constante y fervorosa de Jaramillo Ruiz Ibarra y yo, fue aclarando, poco a poco, el ambiente y hasta la Sociedad de Higiene, albergada en el propio local del Colegio de Médicos, admitió la colaboración y alguna que otra conferencia de cada uno de nosotros tres.

Sin embargo, aún dio algún coletazo la serpiente ponzoñosa. Invítome en una ocasión el Dr. D. José Conde Andreu (catedrático que fue de Anatomía en la Facultad de Medicina de Cádiz y después en la de Zaragoza, su patria chica) a dar una conferencia sobre «El perjuicio de las drogas, sueros y vacunas» en la Facultad de Medicina de Zaragoza, siendo entonces Decano el Dr. Royo Villanova, que simpatizaba con nuestras ideas naturistas. Acudió bastante gente y muchos estudiantes a mi disertación, presidida por Conde, que hizo mi presentación. Terminado el acto, uno de los catedráticos de Medicina que me habían escuchado, marchó seguidamente a ver al Decano y quejarse de que se hubiera dado «tal escándalo» por un médico en el propio recinto de la Facultad. Parecieron escandalosas (científicamente hablando) las ideas expuestas por mí. Entonces Royo Villanova llamó a Conde y le dijo: «Me han informado de que la conferencia de Alfonso “ha sido un escándalo”». A lo cual Royo respondió, con una sonrisa «Ya me lo figuraba». (Parece que aún estoy oyendo de labios de Conde la referencia de esta entrevista.)

Marchaba pues el carruaje de nuestra propaganda, aunque dando algunos tumbos. Los nuevos Congresos vegetariano-naturistas celebrados periódicamente en Bilbao, Busot (Alicante), Santander, Manzanares el Real y Sevilla, a los que acudimos casi todos los médicos naturistas de España, muchos «profesores naturistas» y simpatizantes, fortalecieron nuestras ideas de reforma médica y alimenticia y conseguimos hacernos respetar por el resto de la clase médica y no digamos del público enfermo.

Recuerdo otro episodio del cual fui protagonista en parte y en parte espectador. Hubo enfermado gravemente Don Carlos Moreno Neuroní, domiciliado en la calle del Arenal 10 de Madrid, que era relojero del Dr. Gregorio Marañón y cuyo señor había sido desahuciado por la plana mayor de la medicina madrileña. Fui entonces llamado casi «in articulo mortis» para ver «si se podía hacer algo para salvarle». Vi al enfermo, puse mi prescripción dietético-hidroterápica y tuvimos la suerte de que en un par de días la reacción del enfermo fuese tan favorable y sorprendente que desapareció el peligro y se repuso totalmente en pocos días. El Sr. Moreno, ya sanado, me decía después en muchas ocasiones: «Ud. me ha sacado de la caja». Y su energía y vitalidad cobraron tal realce que en varias ocasiones se fue caminando de Madrid a Aranjuez. Cuando, después de su grave crisis, volvió, semanalmente, a dar cuerda a los relojes del Dr. Marañón, éste le decía: «Por esta vez nos ha pisado el naturista». Naturalmente, «el naturista», como me llamaba Marañón, no había hecho ningún milagro, sino que húbese limitado a quitar obstáculos a la espléndida naturaleza del enfermo,

agobiado por las drogas y los alimentos excesivos e inoportunos. En cuanto se dejó al organismo que marchase por su cuenta, todo se arregló (testigos de este episodio son las hijas de D. Carlos Moreno, que aún viven en la misma casa de la calle del Arenal y con las que, por supuesto, tengo actualmente una cordialísima amistad).

Así las cosas, sin nada saliente en la progresiva marcha de nuestras propagandas y nuestras curaciones, llegaron a formarse tal cantidad de sociedades y grupos naturistas, que se pensó seriamente en la constitución de una «Federación Naturista Española», que efectivamente se llevó a cabo en el Congreso Naturista de Sevilla, que yo presidí, donde se aprobó su reglamento, que después fue aprobado por las autoridades, haciéndose el obsequio de ofrecerme la presidencia de la nueva Institución. Hay que advertir que en esta misma época había fallecido el Dr. Jaramillo y que el Dr. Ruiz Ibarra se había retirado mucho de sus actividades.

Nada de esto llegó a ser efectivo, porque se nos echó encima la tromba de la guerra civil (mejor dicho «incivil»), que nos deshizo el edificio con tanto tesón levantado en tantos años de laboreo entusiasta y fervoroso.

Ya entonces el grupo de médicos naturistas españoles se había engrosado con valiosísimas personalidades que no nos han defraudado a los de aquel triunvirato originario, sino que nos han dado ciento y raya. Tales son: José Conde de Zaragoza, Honorio Gimeno de Barcelona, Demetrio Laguna (desgraciadamente fallecido prematuramente), Vicente L. Ferrándiz de Barcelona, Roberto Remartínez, madrileño instalado en Valencia, Jesús Rubio de Cartagena, Mariano Aguado de Argamasilla, Eugenia Navas de Valladolid, Angel Bidaurrázaga y su hijo Joseba de Bilbao y Enrique Jaramillo, hijo, de Madrid, alguno de los cuales han fallecido cuando escribo estas líneas.

En estas circunstancias, traduje el folleto «Medicina Blanca y Medicina Negra» de Dr. Paul Carton, de Francia, a quien conocí personalmente por intermedio de su sobrina Alicia Carton Treville, que vivía en Madrid y a cuyos hijos traté como médico naturista.

Tras esto, fui encarcelado por el gobierno de Franco, por razones de mi ideología liberal, y fue Alicia Carton la que intervino eficazmente para que yo fuera excarcelado antes de lo previsto. Su amistad con el párroco de San Luis de los Franceses y de éste con el mariscal Petain, entonces embajador de Francia en Madrid, lograron lo que no pudo lograr otra gran amiga mía, la gran actriz Anita Mariscal, que intervino pidiendo mi libertad al entonces Ministro de Justicia Sr. Bilbao.

Alicia Carton me escribió una tarjeta estando yo en la prisión de Puerto de Santa María (Cádiz), que copio literalmente:

«Madrid 29 de agosto de 1942

Mi estimado Dr. Alfonso:

Solamente hace tres días conozco la desgracia que le aflige y que siento profundamente.

Debo a Ud. la prolongación de mi vida y la crianza de mis hijos por sus sabios métodos.

Deseo servirle en lo que pueda y le ruego me diga Ud. si en algo puedo serle útil.

Entre tanto ruego a Dios, Autor y Recompensador de todos los actos buenos, le ayude a Ud. a engrandecerle en

esta dolorosa prueba y ponga en la balanza de su Justicia toda la bondad que supone la lucha de Ud.. por el alto ideal de volver a los hombres a la Ley Natural impuesta por el Creador como primera base hacia el Bien.

Al recordar a todos sus enfermos, piense Ud. que todos le queremos como padre y deseamos su vuelta entre nosotros.

Disponga, estimado doctor, de su aff^a. s.s.q.e.s.m.

Alicia Carton Treville»

Líneas como éstas, tan sentidas y emotivas le consuelan a uno de los zarpazos del destino.

Terminada la Guerra Civil, con los naturales desconciertos, pérdidas, que acarrea un evento de tal naturaleza, el naturismo ha tomado un nuevo sesgo, y su propaganda en esta «edad moderna» está en manos de médicos tan estudiosos y competentes como el Dr. Silverio Palafox Marqués (presidente efectivo de la «Asociación Española de Médicos Naturistas») que resucitó hace tiempo en sus cuadernos de «Bionomía» la revista «La Fisiatría» del Dr. Ruiz Ibarra en una verdadera palingenesis de aquella revista «Kosmos» abortada en una calle del ensanche de Barcelona; pero cuya «Bionomía» murió también por inanición.

Y actualmente, otros magníficos médicos naturistas han venido a sumarse al grupo de los que aún quedamos de la «edad antigua» y de la «edad media» del naturismo español. Tales son los Dres. Circuns, García Roca, Peiró, Torres, Zudaire, Contreras, Orozco, Pros, Salas, Rosario Carrillo, Andrés J. Ursa, mi hijo Edmundo (actualmente director de Salud Pública en la Secretaría de Sanidad de Puerto Rico).

Mas, surge otra edad «novísima» en la que los antiguos parecemos «médicos paleolíticos», en la que aparecen los médicos de la revista «Integral», Santiago Giol Mitjans (uno de mis hijos espirituales; el otro lo es Carlos Alcalá de Buenos Aires), Pedro Ródenas, J. Gutiérrez de la Peña, Joaquín Peleteiro, J. Sagera, Pablo Saz, Frederic Viñas, etc., a quienes yo llamo «la bohemia de la Medicina Naturista» por su naturalidad y romanticismo; y otros que empiezan a brotar como «capullos médico-naturistas».

Y diremos, para terminar, con el divino Jorge Manrique:

«No se engañe nadie, no; pensando que ha de durar lo que espera más que duró lo que vio; porque todo ha de pasar de tal manera.»